

III. La Perspectiva de Género

Antecedentes

La construcción de la perspectiva de género se origina en dos vertientes: las ciencias sociales y las humanidades, y la teoría feminista; siendo en la presente década cuando se ha venido incorporando, con más fuerza, a las diferentes esferas del conocimiento y de la vida social.

En un principio, el interés por el estudio de los géneros se centró en el análisis de la condición de las mujeres, precisamente ante la situación de inequidad y subordinación que guardaban respecto de los hombres. Ello dio lugar al surgimiento de diversas instituciones que se abocaron a realizar estudios de la mujer. A partir de los aportes proporcionados por estos estudios se empezó a acuñar el concepto de género, así como el de la inequidad entre los géneros.

El movimiento feminista -con su expresión constante en la teoría-académica y en la práctica-, ha contribuido sustantivamente a la construcción de la perspectiva de género, ya que la proveyó de múltiples bases para identificar y estudiar las implicaciones de la inequidad presente en la vida de las mujeres de todas las esferas sociales.

Algunos sociólogos han considerado que la dimensión de género es tan revolucionaria como lo fue la de clase en su momento, ya que proporciona una nueva dimensión de análisis, a la vez que ofrece herramientas para interpretar las relaciones sociales desde otro ángulo, y un sinnúmero de elementos para explicar lo que acontece en la sociedad.

Programa Universitario de Estudios de Género
Instituto Nacional de las Mujeres.
Curso Intensivo de Capacitación

Sesión I Antecedentes y Estructura e Inequidad de Género

Careaga G. (1996) **La perspectiva de género**. En: Las relaciones entre los géneros en la salud reproductiva. México. Comité Promotor por una Maternidad sin Riesgos en México. P. 21-56

Programa Universitario de Estudios de Género
Instituto Nacional de las Mujeres.
Curso Intensivo de Capacitación

Sesión III División Sexual. Tiempo, Espacio y Trabajo

Careaga G. (1996) **División sexual del trabajo**. En: Las relaciones entre los géneros en la salud reproductiva. México. Comité Promotor por una Maternidad sin Riesgos en México. P. 45-49

Dificultades para la comprensión de la Perspectiva

Pero los orígenes mencionados también han significado obstáculos para su incorporación en el desarrollo del conocimiento. Hasta hace unos pocos años, la sociedad manifestaba una amplia resistencia al feminismo: resistencia que mucho tenía que ver con los mitos y los estigmas creados alrededor del movimiento. Y una de las principales renuencias a la aceptación del concepto de género es, precisamente, provenir de un movimiento social muy disruptivo como el movimiento feminista con el que, lógicamente, comparte los prejuicios que todavía puedan subsistir hacia él.

Como se ha señalado, la resistencia al feminismo proviene de concepciones erróneas difundidas sobre él. Se ha hablado de que el movimiento feminista es un movimiento de lucha entre los géneros, o en contra de los hombres, y que pretende obtener el poder que éstos tienen, que es monolítico (que todas las feministas piensan igual). Algunas de estas ideas se originan en la ignorancia o en una falta de información; otras, se derivan de circunstancias en las cuales la gente ha conocido, o se ha vinculado, con el movimiento feminista o con algunas mujeres feministas.

El feminismo, como cualquier movimiento social, ha transitado por diferentes etapas en donde las demandas y las propuestas han ido variando. Uno de sus ejes, que hasta la fecha prevalece, es el derecho a la maternidad voluntaria y a la libertad sexual: elementos a través de los cuales, según el movimiento, se logrará la liberación de las mujeres, y una sociedad mejor.

Estos dos elementos han sido retomados, desde una posición antagónica, por grupos conservadores. Es más, la maternidad voluntaria y la libertad sexual fueron, en la Conferencia de El Cairo, nudos cruciales para avanzar en las

propuestas sociales. El movimiento feminista y los movimientos conservadores coinciden en identificar estos dos elementos como centrales, por lo que constituyen los puntos comunes donde se antagonizan las dos posiciones. El discurso conservador en contra de los derechos reproductivos y de la libertad sexual; el movimiento feminista, a su favor. Y es, precisamente aquí donde se encuentra el espacio clave para la transformación de la sociedad cuando pugnamos por la equidad entre los géneros.

A nivel del desarrollo científico, para algunos autores, las ciencias sociales y humanísticas no tienen el mismo peso que las ciencias biológicas y las ciencias exactas. lo que ubica a la perspectiva de género, también, dentro de esta tensión.

Otro problema a enfrentar es la difusión que ha tenido esta perspectiva. Se dice que está de moda, y es cierto en el sentido de que se asocia con una postura progresista, a la que muchos aspiramos. El reconocimiento que ha tenido recientemente a diferentes niveles ha convertido su incorporación en una exigencia para muchos de los proyectos que ponen en marcha diversos sectores. Esta presión para su uso sin apoyos que permitan un manejo teórico adecuado de la perspectiva que, a su vez, posibilite una inserción adecuada en la práctica profesional, trae consecuencias desastrosas en el desarrollo del conocimiento ya que el concepto es inapropiadamente comprendido y, consecuentemente, metodológicamente mal instrumentado. En ocasiones se tiende a simplificarlo considerando que se incorpora simplemente al separar los datos por sexo, o al realizar estudios sobre mujeres y sobre hombres.

También constituye un problema el que la palabra género no tenga el mismo significado en castellano que en inglés. El uso de "gender" en inglés hace una referencia clara a los géneros masculino y femenino, pero hablar de género en

castellano no remite necesariamente a hombres y mujeres sino a diferentes cosas y clasificaciones, como el género musical, o el género literario, entre otros. De ahí la dificultad para manejar el término con precisión en nuestro idioma.

Tampoco ayuda la analogía que muchas veces se hace entre los términos sexo y género. Pareciera que nos referimos a lo mismo, cuando en realidad, son dos categorías muy distintas. El sexo parte de las características anatómico-fisiológicas (con base en las diferencias de los órganos genitales y reproductivos), mientras que el género es una construcción social. La dimensión de género pretende conocer cuáles son las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres en sí mismos y entre ambos. De esta manera, los rasgos anatómicos van a determinar si se pertenece al sexo masculino o al femenino mientras que el género constituye la interpretación, la construcción social acerca de qué significa ser mujer y ser hombre y cómo deben relacionarse entre sí, y entre ellos y ellas.

El concepto de Género

El género es, pues, una interpretación sociocultural de ser mujer o de ser hombre, que cruza toda la vida. Es decir, que una persona nazca como mujer o como hombre, lleva a que la sociedad determine cómo debe sentir, pensar, qué puede expresar o qué no.

Otro de los problemas básicos que enfrenta la dimensión de género es que el mundo ha sido interpretado como si existiera una sola visión, cuando no es así. Generalmente, en la teoría feminista se ha manejado que la concepción de la realidad es una concepción masculina y que favorece a los hombres, -no podemos estar muy seguros de eso ahora-. Pero quizá tampoco sea masculina, porque no

sabemos si ha tomado en cuenta lo que realmente son los hombres. Más bien habría que decir que ha surgido de una abstracción idealista del ser humano al no corresponder con la realidad de los hombres ni de las mujeres que conforman la sociedad. ¿Es realmente una concepción masculina, o es una interpretación de lo que se pretende que los hombres sean? ¿De quién es esta realidad?

Lo que está claro es que a partir de la condición anatómica se ha conformado una justificación del comportamiento adscribiéndolo como propio de la naturaleza. De esta manera, se ha hecho una asociación entre lo biológico y lo social que confunde, al considerar que “es natural” que las mujeres sean de un modo y los hombres de otro.

La perspectiva de género plantea como eje del problema el que las diferencias anatómicas existentes entre los sexos, al ser interpretadas en esa construcción social, no sólo se han mantenido como tales, sino que se han transformado en desigualdades. Estas desigualdades han generado una condición de inequidad (oportunidades de unos y otros), y conducido a la devaluación, discriminación, marginación y a una injusticia social. De ahí, que uno de los elementos básicos del análisis de la perspectiva de género sea, entonces, la relación entre los géneros, manifestada en una situación generalizada de inequidad sufrida por las mujeres.

En esta condición de inequidad se valora diferente a hombres y a mujeres. La diferencia se refleja en los espacios, las tareas, los sentimientos y las características que cuando son calificadas como positivas están principalmente ubicadas dentro de lo considerado como propio de los hombres, y cuando negativas, dentro de lo propio de las mujeres. Y es precisamente, a través de revisar las características que

socialmente asigna la sociedad a mujeres y a hombres, como descubrimos diversas formas de discriminación y marginación para ambos que se traducen en múltiples formas de injusticias sociales.

Una de ellas es el confinamiento de las mujeres en espacios reducidos donde las posibilidades de desarrollo y de acceso al poder están más limitadas que para los hombres. Y todo ello, basado en determinaciones falsamente “naturales” respecto de lo que puede y es capaz de hacer cada uno.

“Las diferencias físicas no tienen por qué fundamentar las desigualdades”

“Algunas de estas diferencias, supuestamente naturales, se refuerzan con los roles. La asignación de cierto tipo de trabajo o funciones impide que hombres y mujeres desarrollen otras capacidades. Esta ‘naturaleza’ también está socialmente construida”

“La diferencia primordial es la capacidad reproductiva”

“En cuanto a la capacidad realmente no hay grandes diferencias, más bien es una concepción superficial. Los roles de trabajo son arbitrarios: las mujeres y los hombres pueden llevar a cabo cualquier tarea”

“A veces, cuando se habla de la capacidad reproductiva, pareciera una trampa para provocar polémica, porque algunas mujeres no quieren dejar de ser madres, ya que es una capacidad muy apreciada por ellas. Lo que se busca es que cambie la práctica y la actitud en torno a la maternidad. Aun cuando se dice que alguna característica es muy importante en la práctica no es así; en la práctica se marca la desigualdad”

La diferencia anatómica y las interpretaciones culturales respecto a la naturaleza biológica de hombres y mujeres no son suficientes para explicar la condición de desigualdad. Hay una ruptura que tiene que ver con el valor y el poder atrás de esta construcción social. Esa insuficiencia explicativa demanda buscar nuevos marcos de referencia y elementos de análisis. Y precisamente, la inequidad de género es uno de esos elementos que al introducirse permite, además, empezar a desconstruir y a deslegitimar la actual situación.

¿Por qué las relaciones entre hombres y mujeres son inequitativas? Existen muchos intentos de explicación. Entre ellos podríamos mencionar los derivados de un modelo hegemónico de familia. El patriarcado como base de una relación de subordinación de “el otro”: El poder como sustento de las relaciones de inequidad.

Hay quienes reconocen en el término “familia” una raíz etimológica con *famelus*, el esclavo. Si fuera así, resultaría fácil explicar el origen de los papeles que se juegan dentro de ella donde hay un amo y los demás son siervos o esclavos. A partir de tal construcción del concepto de familia, las mujeres y los hijos se convierten en propiedad de ese dueño. Esta concepción queda expresada en la forma como se distribuyen las responsabilidades, las tareas, la autoridad y el poder.

“El que manda es el que aporta. Si el hombre es el que lo hace en mayor proporción impone sus condiciones. De igual manera, si la mujer gana más, el hombre tiene que sujetarse a lo que la mujer diga. En la mayoría de los hogares los hombres son los que aportan”

“No estoy de acuerdo con el comentario anterior porque hasta donde sé la mayoría de los hogares son sostenidos por mujeres y sin embargo, el poder lo siguen teniendo los hombres, desde las decisiones más simples hasta las más trascendentes”

“Las mujeres aportamos el 100% al hogar mientras que los hombres no. El gasto está destinado para los hijos y la casa”

“Se habla del trabajo exterior porque se supone que es el que tiene valor, pero no se reconoce el trabajo doméstico a pesar de suponer un gran desgaste”

“Hay que rescatar la conciencia del trabajo colectivo y compartir responsabilidades”

“Se reconoce que la mujer trabaja más con la doble o la triple jornada. Es responsable del trabajo reproductivo biológico y social. Desde la perspectiva de salud, esta triple carga se convierte en un riesgo reproductivo. Cuando la mujer gana más, el hombre se siente amenazado”

“El ingreso está reconocido como elemento importante dentro del estatus del hombre; de ahí que su seguridad se basa en tener más ingresos. El problema principal radica en el valor diferencial que se da al trabajo de la mujer y al del hombre. El de la mujer no tiene reconocimiento. Mucho menos el que desempeña en la casa”

“Respecto a la distribución del ingreso, ¿cuánto de lo que gana cada uno llega a familia? Diversos estudios muestran que el 90% del ingreso de la mujer se gasta en el hogar, mientras que del hombre es alrededor del 60%”

“El que las mujeres ganen más es una excepción ya que, en general, recibimos menos por trabajo igual. Si tomamos en cuenta sólo la fuerza productiva remunerada las mujeres constituimos el 39%, pero si se incluye el trabajo doméstico, somos la mayor parte de ella”

“La aportación que el trabajo doméstico hace a la estructura social es considerable pero no se reconoce”

Regresando al concepto de valor, es cierto que se considera que quien aporta detenta el poder, pero ¿quién aporta qué? La pregunta clave es ¿qué se está aportando? Todos contribuimos en beneficio de la sociedad. El problema radica en que si lo único que se aprecia es el salario, entonces sólo se deposita valor en quien lo provee. Sin embargo, cuando las mujeres son las que ganan más, el hecho se constituye en una fuente de conflictos. Esto quiere decir que la relación entre el poder y la contribución económica no es tan mecánica. Existen muchos otros factores asociados con los significados y con la estructura de las relaciones sociales.

Resumiendo, podemos señalar que la apreciación social de los géneros es desigual y se manifiesta en que las actividades desempeñadas por las mujeres son menos valoradas que las desarrolladas por los hombres. Y como parte de todo ello se construye un significado diferencial que es importante analizar.

Todos reproducimos valores. Las propias mujeres no reconocemos la contribución económica del trabajo doméstico. La valoración centrada en el trabajo remunerado, y en su correspondiente, el salario, provoca un desbalance respecto al doméstico.

El manejo que las mujeres y los hombres tenemos del dinero y de la participación de las mujeres en el trabajo productivo, está estrechamente asociado con la responsabilidad que se ha asignado a las mujeres de la familia. Si la mujer es responsable de que la familia salga adelante tiene que invertir en ésta todo su dinero, todo su trabajo. Por eso se reconoce un vínculo entre el salario que percibe una mujer, y el bienestar familiar.

El hombre se ubica diferente en el espacio doméstico. Se le considera “sostén y autoridad de la casa” pero también se le permite tener su propio proyecto de vida, sus relaciones,

sus intereses y sus diversiones. De ahí que, cuando cobra, dé parte a la casa y se quede con el resto. Por el contrario, como la mayoría de las mujeres trabaja para sacar adelante a la familia, su trabajo no es necesariamente su proyecto. Ellas no trabajan para su desarrollo personal o para tener un estatus o prestigio: lo hacen pensando en la casa, en los hijos y en el marido. Es así como la responsabilidad sobre lo que sucede en el hogar es asumida como obligación de las mujeres.

“La mujer fue capaz de acceder al proceso productivo sin que, correspondientemente, el hombre se hubiera movido a participar en el otro ámbito, en la casa, con los hijos, etc., de tal manera que hubiesen balanceado ambas situaciones”

“Las mujeres sí han entrado al otro espacio, pero los hombres se han quedado sólo en lo público”

Cuando una mujer prueba el valor dado a lo de “afuera” difícilmente quiere volver a la situación anterior. Es decir, regresar exclusivamente al ámbito doméstico. Sin embargo, la responsabilidad del hogar y la familia continúa siendo suya aunque la resuelva apoyada por otra mujer: la madre, la suegra, la hermana o una empleada doméstica. La mayor parte de las mujeres enfrenta una doble jornada. Algunas llegan a manifestar su deseo de regresar a la casa. Pero esta opción, generalmente, responde más a la búsqueda de sacudirse de la sobrecarga y de la interminable jornada de trabajo, que a un genuino interés por dejar de incursionar en otras actividades.

Resulta pertinente retomar aquí la concepción del modelo de familia. En ésta, el hombre es el jefe, la autoridad, pero es responsabilidad de la mujer administrarla, contenerla y cuidársela. El papel de la mujer es asumir la responsabilidad de esa familia para el otro. Y para el hombre, el espacio de la familia, de lo doméstico, es un espacio vivido como ajeno,

con cierta incomodidad. La responsabilidad de los hombres por la familia y la casa, es diferente. En el mejor de los casos, asumen su responsabilidad como proveedores, pero no por la vida familiar en su conjunto. No hay la misma inversión de esfuerzo emocional-afectivo, ni del trabajo que implica conformar una familia, una casa. Para los hombres la responsabilidad central con la familia está en sostenerla; para las mujeres en contenerla.

Actualmente algunos hombres empiezan a desempeñar el papel de colaboradores en el trabajo doméstico. Están dispuestos a apoyar, pero aún no se consideran corresponsables junto con las mujeres. Por ejemplo, en el caso de enfermedad de los hijos, si ambos trabajan, no se discute quién se queda a cuidarlos, lo más que hacen es avisar que ella no irá a trabajar. Aun cuando ambos tengan puestos de decisión se da por hecho que a ella le toca quedarse. No se plantea cómo enfrentar el problema. Automáticamente se le adjudica a ella el problema y el deber de resolverlo.

“En relación a los cuidados, generalmente, cuando el niño se enferma, la madre solicita ‘cuidados maternos’. Sin embargo, la actitud está cambiando. Las instituciones de salud sobre todo, ya están contemplando el hecho de que no sólo existan cuidados maternos sino, también, cuidados paternos. Esto va a significar un gran cambio pues se está reconociendo que el padre es corresponsable”

Para una mujer es mucho más difícil conseguir un empleo estable y de tiempo completo precisamente por el costo que implican, para los empleadores, la maternidad y la crianza. Esta es una situación de discriminación, porque si los hijos son de los dos, ¿por qué se va a postergar a la mujer en el empleo por ser la que se embaraza?, o ¿por qué ella es la única responsable de cuidar a la criatura?

Ya comentábamos que los hombres en otros países están luchando por tener igualdad de condiciones y participar en la crianza y en los cuidados paternos. Ello posibilitará una mayor equidad en el empleo para los hombres y para las mujeres. Por lo menos con respecto a la reproducción, disminuiría la discriminación laboral hacia las mujeres y no se vigilaría o presionaría solamente a ellas para que no se embarazaran.

No tomar en cuenta las condiciones de hombres y mujeres, así como no responder a la expectativa social de “la forma adecuada de ser”, han traído consecuencias sociales graves en todos los ámbitos. Todos los comportamientos que se derivan de ese molde, que están diferenciados y concebidos incluso antagónicamente y en una condición de inequidad, repercuten en cada uno de nosotros y en la sociedad en general.

El reconocimiento de la participación de las mujeres no sólo a lo largo de la historia sino en la actualidad, favorecería la revaloración de las mujeres, creando una nueva concepción, y permitiría darnos cuenta de que hombres y mujeres, aunque no nos guste, hemos construido juntos esta sociedad.

Se ha mencionado que las mujeres son quienes educan a los hijos y por lo tanto responsables del machismo. Sin embargo, en el proceso de educación y en cómo se educa y transmiten los valores concurren múltiples y diversos agentes. No sólo las presencias, también las ausencias adquieren significado en la educación y en la vida de las personas. Cuando los hombres no participan activamente en la educación de los hijos, realmente les están enseñando que ese es el papel que les corresponde, y de esta forma, reproducen lo establecido.

En conclusión, hombres y mujeres juntos hemos mantenido esta situación. Esta inequidad ha sido nuestro producto, de ahí que insistamos en las relaciones entre hombres y mujeres, y en la necesidad de que, también juntos, creemos posibles formas alternativas de cambios.

De esta manera, si lo que pretendemos es hacer un análisis desde el género, tenemos que partir de observar y analizar esta relación, examinando las condiciones particulares de las mujeres y de los hombres.

“La masculinidad es algo inventado, es una creación, y de pronto nos venden que el poder es una parte fundamental de la masculinidad. Por el otro lado, está el control. ¿Qué tanto este control y esta lucha por el poder es nuestra propia inseguridad?”

“En este proceso de educación, en mucho, la figura del hombre se transmite a través de la mujer”

“¿Qué pasa con lo social, qué papel juega la sociedad? Existen muchos mecanismos y aparatos sociales que fomentan esta situación. No se deben dejar de lado la estructura social y las condiciones históricas de existencia”

“Los cuidados paternos son un área clave para el análisis de la paternidad. Hay formas sutiles de reproducir valores que obstaculizan su modificación. Por ejemplo, es indicativo que los cambiaderos de pañales estén ubicados sólo en los baños de mujeres. A los hombres se les puede reconocer como trabajadores, alcohólicos, etc, pero no como padres. Dentro del discurso de salud reproductiva siempre se habla del binomio madre-hijo y nunca de un trinomio madre-padre-hijo. ¿No podría haber un programa paterno-infantil? ¿qué podríamos enseñarle a los padres sobre el ejercicio de la paternidad?”

“Reproducimos valores que la estructura social se ha encargado de plantear, pero ¿por qué y en qué orden se han dado? ¿cómo han permeado? La socialización funciona a través de la familia, de las instituciones, pero también hay relaciones de poder, y una estratificación social. Decíamos que la condición de género atraviesa todas las clases sociales pero se vive de diferente manera en la clase proletaria que en la alta”

“El concepto de género está inmerso en la cultura para hombres y mujeres, pero su ubicación tiene un sentido social porque hay una estructura, diferencias de clases, pero sobre todo, un uso del poder que empieza en la familia y llega hasta las instituciones”

Perspectivas

Otra de las dificultades que encontramos al trabajar desde esta perspectiva es la tendencia a referirse al hombre como si fuera “la humanidad”. Se dice la creación del hombre, los estudios del hombre, el desarrollo del hombre. Se hace una analogía entre hombre y humanidad, sin aclarar el lugar que ocupan las mujeres en la referencia, así como tampoco de qué hombres se está hablando.

De esta manera, se da por hecho que el término hombre abarca todo mientras las mujeres son concebidas como un sector o grupo específico: las mujeres, los ancianos, los indígenas. No se les reconoce como la mitad de la población. Es muy importante, entonces, tener en cuenta que cuando hablamos de relaciones de género nos estamos refiriendo a las que suceden en la población total. Dado que los hombres y las mujeres estamos presentes en el sinfín de componentes y dimensiones de la estructura y organización sociales, hay

que identificar cómo en cada uno de ellos se manifiesta la inequidad.

Esta condición de inequidad es una constante y puede observarse en todos los ámbitos: en la educación, en las leyes, en el trabajo, en la política, etc. La discriminación permea, pues, todos los espacios de la vida social incluyendo las instituciones religiosas. Por ejemplo, en la iglesia católica es clarísimo el modelo patriarcal y la valoración de lo masculino.

La diferencia entre el ser hombre y ser mujer, generalmente, se sustenta en una dimensión antagónica. ¿Qué es lo masculino y qué es lo femenino? ¿qué significa ser mujer y qué ser hombre?

Podríamos considerar que el ser mujer y el ser hombre, los significados de lo masculino y lo femenino se mueven dentro de un continuo que depende del ámbito social del cual estemos hablando. Qué es ser mujer para mí y qué es ser mujer para una indígena chiapaneca, son cosas diferentes; qué es ser hombre para una persona del campo y para alguien de la ciudad, también. Seguramente el significado va a depender, y lo vamos a vivir, de acuerdo al lugar que ocupamos en la sociedad. Por ello es igualmente necesario observar las relaciones de inequidad que existen entre las propias mujeres, y entre los propios hombres.

Las posibilidades de análisis que ofrece la perspectiva de género para el estudio de las relaciones sociales tienen que cruzarse con las dimensiones de edad, etnia, clase, actividad, etc; lo cual nos plantea nuevos retos. Se trata, por un lado, de entender la expresión de la inequidad que prevalece en las relaciones entre las mujeres y los hombres, y por el otro, de ver también las diferencias que aparecen en dichas relaciones, al combinar los datos con esas otras variables.

¿Cuáles son las relaciones establecidas a partir de su condición de género, entre las profesoras universitarias y las profesoras de la educación básica, por ejemplo? El entrelazamiento de estas variables nos permite entender cómo se reproducen las condiciones de inequidad e injusticia social en sectores concretos.

Al desmenuzar los conceptos se van encontrando nuevos niveles de análisis, nuevas herramientas a través de las cuales abordar el conocimiento del problema. Por lo pronto hemos reconocido cómo hombres y mujeres, debido a la identidad de género asumida, poseemos una concepción diferente de las cosas y vemos la realidad de manera distinta.

Identidad de Género

La identidad de género se construye mediante el proceso de socialización. Como se ha dicho, desde el nacimiento se nos adscribe a una categoría, hombre o mujer, determinada por la diferencia anatómica. Esta adscripción va acompañada de una asignación de género sustentada por el significado social dado al nuevo ser: significado que se manifiesta visiblemente a través de actitudes y símbolos: el color, los adornos, los juguetes que se le compran, la relación que establecemos con ese cuerpo. Todo ello va conformando el género masculino o femenino de la persona.

Esta asignación de género definirá, igualmente, la educación que va a recibir un individuo para responder a su rol social, construido directamente de acuerdo con las expectativas que la sociedad tiene respecto de su comportamiento, con lo que se espera de cada persona, -por el hecho de ser hombre o mujer-, y con lo que está permitido para cada quien.

El rol va a estar estructurado, entonces, por el conjunto de expectativas que la sociedad mantiene respecto a un sujeto. Consecuentemente, el rol de género está constituido por las expectativas sociales prevalecientes respecto a la mujer y al hombre; las cuales son reforzadas por la presión social. Presión social cuya función es orientar el comportamiento de acuerdo a su rol... "siéntate bien", "los niños no lloran", "las niñas bonitas no se enojan"... son ejemplos de las frases utilizadas para reafirmar los roles. Estas pequeñas, y aparentemente sencillas e inofensivas frases, están dirigiendo a las personas hacia determinadas conductas, pero, sobre todo, están transmitiendo valores: si quieres ser una mujer aceptada, reconocida o bonita, tienes que comportarte de determinada manera, de lo contrario, no lo eres. De esta manera, están marcando qué es ser mujer, qué es ser adecuada, qué es ser bonita, qué es ser lista ("bueno, las mujeres no tienen que ser listas"). A partir de todas ellas se van introyectando los roles de hombre y de mujer.

Los roles responden, pues, a todas las aspiraciones sociales que rigen los comportamientos de las personas de acuerdo a los espacios, épocas y condiciones en que se encuentran inmersas. Hay rol de padre, rol de jefe, rol de conductor, de peatón, etc. En cada uno de ellos subyace una normatividad que define obligaciones a cumplir. El médico, por ejemplo, tiene un rol de autoridad, el deber de salvar al otro y mientras los demás no saben cómo hacerlo, él sí. En síntesis, los roles gobiernan las relaciones sociales, reguladas por todo un sistema normativo.

La socialización es tan eficiente que la posibilidad de asumir una identidad de género es más rápida que la facultad de identificar la diferencia sexual. Cuando todavía no existe esta capacidad en los niños y niñas de aproximadamente dos años, ya se presentan expresiones precisas de una identidad de género ya que pueden diferenciar que algo es "de niña" o

“de niño”, pues hay claridad respecto a qué es de mujeres y qué es de hombres. Ello muestra que el significado de ser mujer, o ser hombre, se adquiere antes de la percepción de la diferencia sexual.

Todos estos elementos aprendidos repercuten de forma trascendente en el autoconcepto relacionado, a su vez, directamente con la identidad, con quién soy y cuánto valgo. De esta manera, la autovaloración no es voluntaria sino que se predefine desde lo social.

Respecto al rol de género en específico, existe una diferenciación esencial. Por un lado, en cuanto al valor que hombres y mujeres tenemos, y por el otro, respecto a las funciones y responsabilidades de ambos. Este valor, las funciones y responsabilidades tienen que ver, precisamente, con la asignación del rol.

En general, como se ha insistido, la valoración que se da a uno u otro género es diferente, siendo superior la adscrita a los hombres. A su vez, la función, las actividades y las responsabilidades que ambos desempeñan también están diversificadas: las de las mujer están orientadas hacia el cuidado de los otros, mientras que las del hombre los están, en mayor medida, hacia sí mismo.

Así como a los hombres se les dirige hacia la construcción de su proyecto, hacia su desarrollo a las mujeres se las encauza a “ser” a través de otro. Al hombre se le exhorta a “ser alguien” con estatus, prestigio, poder (económico, político, etc). A la mujer, se le orienta a apoyar a los demás, a concebir su realización a través de la de otros. Esto se va inculcando desde los primeros años de vida. Frases como “sírvele a tu hermano”, van definiendo su función, su razón de ser: servir a los demás.

La educación proporcionada en el marco familiar coadyuva, en mucho, a la reproducción de las relaciones entre hombres y mujeres. Los papeles que juegan el padre - esté o no presente- y la madre impactan definitivamente las imágenes que se transmiten a las nuevas generaciones. Por ejemplo, el que las mujeres tengan que servir a los otros o que las esposas se sienten al final a la mesa, si es que se sientan; o la forma en que se maneja el dinero, y el que las mujeres dediquen íntegramente su salario en la familia, siendo muy raro que guarden dinero para ellas. Incluso aquéllas que llegan a ahorrar algo, generalmente lo usan para comprar golosinas o premios a los niños, o para los imprevistos, o para “darse” algunos lujos, como comprarle “los domingos su six al marido”, o hacer regalitos. Es decir, usa su dinero para las necesidades o lujos de los otros. En síntesis, su interés y su atención se centran en los demás. Y todo esto lo aprenden los niños y las niñas como modelos de comportamiento.

Su dedicación a los “otros” es un componente clave en la educación de las niñas porque sustenta el hecho de que la mujer ocupa el último lugar en muchos sentidos, comprendido el grado de importancia que da al cuidado de su propia salud.

En general, los médicos afirman que las mujeres son las que van más a los centros de salud. ¿A qué se debe esto? Seguramente porque es la responsable de llevar o acompañar a todos los miembros de la familia mientras que los hombres solamente acuden cuando son ellos los enfermos. Hay datos que hablan de que las mujeres trabajadoras son las que menos atienden su salud porque los permisos para ausentarse del trabajo los guardan para cuando sus hijos/as los pueden necesitar, ya sea para atender avisos de la escuela o por alguna enfermedad.

Así, desde que nacemos se nos va orientando hacia vertientes y opciones diferentes, se nos trata de forma diversa, y se nos inculcan valores distintos, pero no olvidemos, además, desiguales. Y es a partir de todo esto que nos amoldamos a una concepción y formas de relación particulares, poco comprensibles y estereotipadas desde uno/a mismo/a, y desde las/os otras/os. Eso lleva a que hombres y mujeres nos manejemos desde concepciones específicas de la realidad en dos vertientes, no pocas veces, antagónicas. Por ejemplo, se nos inculca que una corre peligro con el otro, los hombres con las mujeres y las mujeres con los hombres; en referencia clara a la sexualidad, conceptualizada como un fantasma más, que acentúa la distancia entre ambos.

Resumido: a los hombres se les orienta hacia sí mismos, a realizar su proyecto, su vida, y una vez logrado eso, a compartirlo con los demás. Los hombres producen para dar a una familia, bienestar, estatus -ya que, según la norma, son ellos quienes lo proporcionan. Es decir, primero tienen que "ser alguien" para estar en la posibilidad de dar algo a los otros. A las mujeres se nos construye no para compartir sino para dar sin tener ella primero que "ser". Esto involucra lógicas de pensamiento y formas de ser totalmente diferentes, lo que explica la dificultad de entenderse mutuamente, puesto que cada quien razona desde las suyas propias.

Género y Salud

Para analizar el ámbito de la salud es imprescindible reconocer las condiciones de unos y otras. Tanto los hombres como las mujeres en nuestro país acuden tarde a consulta médica, pero ese retraso se debe a diferentes motivos. Los hombres porque tienen que ser fuertes y nunca pasarles nada que refleje "debilidad". Las mujeres acuden cuando ya no les

queda más remedio, consecuentemente con la poca prioridad que tiene hacia sí mismo el que ocupa un último lugar.

Esta ubicación extrema aparece muy clara, por ejemplo, en la distribución de la comida. Si en una familia la carne no alcanza para todos, en primer término será para el esposo (porque supuestamente es el que produce, aun cuando no trabaje y sea la mujer quien mantenga la casa); después para los niños (por las actividades a que están orientados), en tercer lugar para las niñas (que están quietecitas, no corren, ni juegan); y en el último, para la mujer (que debe sacrificarse por los demás).

Esta postergación de las mujeres al último lugar, conlleva múltiples y graves consecuencias en sus condiciones de salud, nutrición, calidad de vida, obtención de satisfacciones, acceso a descanso y diversiones, disposición de espacios propios, etc. ¿Qué hace la mujer en sus supuestos tiempos de receso? Atiende a los niños, juega o ve la televisión con ellos. Son pocos, o ningunos, los espacios propios que tiene para ella sola.

Afortunadamente, aunque todavía sólo en ambientes limitados, a partir de los movimientos de mujeres y de su participación en los movimientos sociales, se han generado núcleos de reflexión y de solidaridad entre mujeres que han favorecido algunos cambios, sobre todo, hacia la conciencia de género. Mientras no se da ese proceso, las mujeres se mantienen aisladas, sin darse cuenta o plantearse alternativas para enfrentar y mejorar su condición.

"Al hombre también le cuesta mucho jugar el rol del paciente, de enfermo. Hay una serie de procesos de negación y hasta que no están en las últimas no acuden al médico porque jugar el rol de enfermo es un rol pasivo, un rol de dependiente"

Los hombres se resisten a acudir al médico. Muchas veces pretenden que la mujer resuelva el problema en la casa, que les den un remedio o "algo"; pero ir con el médico ¡no!. Las mujeres lo interpretan como un miedo a la consulta, pero realmente es un temor a la representación de la fragilidad, a salirse de su rol de fuerte para verse como un sujeto débil o deteriorado.

"En las comunidades rurales quienes acuden más a la consulta son las mujeres, pero lo hacen de manera tangencial. Llevan a los niños, y una vez que el médico aborda al niño, entonces hablan de sus padecimientos. Si no llevara al niño quién sabe si ellas fueran más a la consulta. Los últimos en llegar a la consulta son los varones, hay más resistencia"

Efectivamente, la mujer necesita al otro para justificarse. No va por ella misma a consulta, sino por el otro.

"Cuando se enferma algún miembro de la familia, el hombre generalmente culpa a la mujer, y eso ocurre tanto en el medio urbano como en el rural. Y en cuanto a que la mujer es la última, es cierto, este es el caso de las mujeres embarazadas que acuden a consulta en el último trimestre de gestación. Ellas no perciben que deben hacerlo antes"

"A nivel institucional se atiende a gran número de varones en edad productiva para incapacidad laboral. En los últimos años está apareciendo una tendencia del varón a llevar al niño a vacunar, a consulta. Por supuesto no en una gran proporción, pero empieza a ocurrir tanto en el medio urbano como en el rural. Los hombres ya participan un poco más, incluso en apoyo a programas de lactancia materna y de planificación familiar"

"Hablando de funciones, la del médico o de la médica sería hacerse cargo de la salud del otro. El rol de la mujer como sumisa y obediente le origina a veces serios problemas de

salud, porque no cuestiona al médico, no pregunta, y aun cuando perciba que algo anda mal no se atreve a decirlo. Reforzar esta función de sumisión de las mujeres es grave"

El que las mujeres estén identificadas con el ámbito de lo doméstico y que éste sea tan poco valorado, genera un desprecio por todo lo que existe y sucede ahí. Los hombres por ejemplo, tienden poco a hablar de sus actividades en el núcleo familiar porque creen que no se les entiende. La desvaloración del espacio doméstico incluye a las mismas mujeres. El que se considere que es en el espacio público donde se da el conocimiento del mundo y la realidad, también reporta consecuencias negativas porque las mujeres están catalogadas, tanto por los hombres como por ellas mismas, como las que no saben, no entienden, no valen.

En la consulta médica es frecuente que esto se manifieste, así como que se interprete su silencio ante la autoridad como "el no saber". Quien la proporciona necesita tener muy clara esta situación condicionante para acceder a la información. De otra manera, aun cuando ella distinga claramente sus síntomas, si no se le hacen las preguntas adecuadas o no se la anima para que hable, la consulta no cubrirá su propósito. En este sentido, es imprescindible que los servicios tomen en cuenta la condición de género para mejorar la calidad.

"En la consulta también hay desvalorización del papel de ama de casa y no se le atiende igual que a una mujer que trabaja. El ama de casa no es importante, no se merece el tiempo porque 'no hace nada', mientras que la que trabaja remuneradamente si es productiva. Personalmente pude constatar esta situación hace unos meses cuando fui a consultar a un neurólogo por un problema de cuello. El doctor, según esto afamadísimo, ni siquiera me revisó, ya cuando me iba a recetar casi, casi, pasiflorine, para que tenga en qué ocuparse, le dije que para mi trabajo el dolor implicaba muchos

problemas. Me preguntó: ah ¿usted trabaja? Y en ese momento, que ya me iba a despedir, se puso a revisarme por primera vez. Así que uno va cobrando estatus conforme va desempeñando roles 'más de hombre', y te atienden mejor"

"Lo que yo he visto es que siendo mujeres, tengamos o no profesión, no se escucha nuestra voz. Sobre todo en el momento del parto si dices lo que tienes, porque cuentas con conocimientos médicos, te va peor porque supuestamente te estás queriendo poner a la 'altura' del médico. Y esto no es sólo un problema de educación. En cuanto a los valores y las funciones ligadas con la atención, el no entender las formas de expresión de las mujeres, va diferenciando la atención. Casi siempre se tiene una visión tan medicalizada que no se escucha. No hay un servicio integral. Esta actitud cruza por los más mínimos detalles, y se refleja hasta en lo que se receta"

"¿Qué hay detrás de esta relación de poder? Hay miedo por parte del médico. Se necesita recuperar la dimensión subjetiva y trabajar con los equipos que prestan los servicios"

"La subjetividad está colocada del lado de las mujeres, es emocional"

Hay que tomar en cuenta, asimismo, las repercusiones que tiene en el ámbito emocional el que las funciones de las mujeres estén centradas en la atención de otros. Una de ellas son los sentimientos de culpa que sufren las mujeres cuando empiezan a utilizar tiempo para sí mismas, o salen a trabajar. Estos sentimientos se generan por pensar que no están cumpliendo con la función principal que les ha sido asignada. Aun cuando de su salario esté dependiendo la economía familiar, sienten que abandonan los hijos, la casa, el esposo, etc.

"La mujer no le da valor a su género, debe reconocerse y valorarse; el que no se valore es también su responsabilidad. La postura de la mujer en cuanto al género opuesto es que es mejor y lo acepta. La educación es importante para llegar a la equidad entre los géneros"

Tenemos que aceptar y recordar que hombres y mujeres hemos mantenido esta inequidad, y contribuido a esta situación. Por lo tanto no es tarea sólo de las mujeres resolver esta inequidad sino que se requiere colaborar juntos para resolverla. Precisamente el movimiento feminista ha insistido mucho en esto. Tenemos que ver cuáles son los avances logrados, y también cuáles han sido las consecuencias de este proceso. Es decir, analizar lo que está pasando actualmente.

División sexual del trabajo

La concepción diferente sobre qué es el hombre y qué es la mujer ha generado una división sexual del trabajo y de los espacios. El espacio de las mujeres es el familiar, el doméstico, que como ya se ha visto, tiene una valoración social negativa: lo que se hace en él no tiene reconocimiento. En contraposición, el ámbito de lo social, de lo público, está sobrevalorado. Estas desvaloración y sobrevaloración, las sostenemos todas y todos.

Una de las metas del movimiento feminista y del movimiento de mujeres ha sido la conquista del espacio social. Hoy podemos reconocer que las mujeres están en todas partes: en la política, en el medio artístico, en la academia, en la cultura, etc. Las mujeres van superando, cada vez más, los oficios tradicionalmente calificados como femeninos para desempeñarse en los más variados ámbitos y profesiones. Están, además, escalando niveles más altos, y avanzando en el mundo a través de los espacios abiertos por la lucha del